

ecologismo. En segundo lugar, la visión sintética que da el autor de un momento determinado de la Edad Media. Por último, el profundo estudio efectuado en relación con la arquitectura gótica y los elementos constructivos inherentes a la misma.

Por todo ello el libro de Roland Bechmann no sólo resulta de interés para los historiadores medievalistas, sino también, y de forma muy acusada, para los historiadores del arte.

Lourdes Cirlot

F. CARDINI, *Alle radici della cavalleria medievale*.

Firenze, La Nuova Italia, Editrice, 1981. coll. Il Pensiero Storico, vol. 76. 388 pp.

Hay una forma de superar la *Geistesgeschichte*: situar el análisis histórico en el punto en que convergen la historia de la civilización material y la historia del pensamiento colectivo. La caballería es algo más que una *idea* o que un *significado cultural*. Por ello tiene su prehistoria, su arqueología, situada en el tiempo del *antes*, allí donde se fraguó como realidad social y antropológica. Es necesario traspasar los *origenes*, y, al hacerlo, buscar el fondo inicial de su historia: sus *raíces*. La búsqueda de esas *radici* da sentido (y, por cierto, título) a la importante obra del joven profesor fiorentino, aquí comentada.

No es un tema fácil. Las cosas como son. Cardini aborda la oscura y fascinante historia de las raíces de la guerra a caballo de un modo decidido e inteligente. Se plantea con rigor la aguda transformación que hizo desaparecer la infantería durante siglos (la de los hoplitas griegos, la de las falanges macedonias de Alejandro Magno, la de las legiones de Escipión, Craso, César o Augusto) como el arma definitiva de la guerra, en defensa, en ataque o, simplemente, a la hora de configurar las organizaciones humanas, desde la *polis* al Imperio. Magistralmente ciñe los elementos de esta revolución silenciosa (difícil de detectar para el medievalista de profesión, por cuanto traspasa los límites cronológicos y geográficos de sus habituales investigaciones), en el apartado *Dal Lontano, Dal Profondo* (pp. 3-29). En él delimita el espacio concreto donde tuvo lugar ese fenómeno de aculturación sin precedentes: «il passaggio di questo mondo equestre asiatico alla Europa, grazie ad un'originale acculturazione altaico-iranico-germanica che la stesse fonti romane predono con una certa chiarezza ad apprenzare a partir del V secolo» (p. 19). Todo ello conduce al autor a una reconversión del sentido técnico del arte militar, a una reconsideración del lugar ocupado por el caballo dentro de la táctica guerrera, a un juicio sobre el papel de la educación ecuestre en los últimos siglos del Imperio Romano, a un análisis de los nuevos valores

surgidos en el seno de la memoria colectiva de los pueblos europeos con la aparición del caballo dentro de su actividad militar y, finalmente, a un equilibrado planteamiento de la función guerrera y su importancia como motor de civilización. Pero acentúa su búsqueda y quiere encontrar el «eslabón perdido» que explique satisfactoriamente el paso de este conjunto de valores ecuestres del mundo de la Estepa asiática a las tierras de Europa. *Per i caminni di sottoterra* (pp. 31-70) es el apartado dedicado por Cardini a esta misión. El mito del centauro (de nuevo un mito indoeuropeo, en el sentido precisado por los estudios de Georges Dumézil, de una ideología consciente, organizada y sistematizada en el segundo milenio antes de Cristo) va dejando su esfera ritual, sagrada, plenamente imaginaria, para convertirse en el armazón de un nuevo tipo social, el guerrero a caballo, cuyo futuro se ligará a los propios cimientos de Europa. Un ansia legítima de «desgermanizar» la historia medieval conduce a Cardini a rastrear muchos de los elementos «míticos» o «simbólicos» en un pasado más lejano, como el iraní, o el propiamente indoeuropeo, a través de las señales descubiertas en el mundo griego, itálico primitivo, aunque también germánico y celta (aunque no irlandés). El autor sabe que esta historia sobre las raíces de la caballería medieval requiere en sí misma la conjunción de todas las informaciones posibles, de todos los indicios existentes y el análisis en profundidad de todas las fuentes.

Justamente esto último —las fuentes sobre la «prehistoria» del caballero medieval— es lo que busca en *Dal Branco alla schiera* (pp. 71-110). La introspección en el seno de los textos altomedievales de procedencia no-latina, sean narrativos (o literarios, como el *Beowulf*, las Sagas o los *Edda*), jurídicos, o, simplemente, litúrgicos, busca examinar con profundidad los restos del contenido de la nueva práctica militar, del nuevo fenómeno cultural y mental. Las organizaciones paramilitares (germánicas o célticas) revitalizadoras, bajo la idea de la *Gefolgschaft* (sobre cuyos orígenes han discutido Schlesinger, Bosl, Graus y tantos otros) de un comportamiento turbulento, ligado a la práctica social de la «juventud» se liga al mundo indoeuropeo. Esa *virtus*, propia de los dioses como Wotan, configurará una especie de arqueología del comportamiento del guerrero a caballo. Pero, indica con agudeza Cardini, ese largo proceso de aculturación tiene el valor de una estructura, pues traspasa lo simplemente episódico: y así, si en un primer momento encontramos al mundo celto-germánico enfrentado a Roma (*Deus venerunt gentes*, pp. 111-129); en un segundo momento, lo vemos intentado su acoplamiento definitivo: *I Barbari incontro a Cristo*, (pp. 131-169). El paso de uno a otro es ese largo y complejo período de la historia de la Humanidad que Ernesto Sestan (maestro del autor de este libro) fijó bajo el epígrafe: *tardo antico e alto medievale*, adjetivizando más tarde: *difficoltà di una periodizzazione*.

Estas son aporías necesarias en todo discurso histórico. Pero, a partir

de este momento —y sin olvidar para nada los antecedentes— el presente libro da paso a una segunda parte, un tanto breve, que podría ser algo así como la reglamentación de los juicios de valor que desarrolla la Iglesia —nueva potencia espiritual del Occidente— sobre el fenómeno militar. Los objetivos se fijan con mayor claridad. Cardini comienza con el análisis de una idea. *La spada e la Croce* (pp. 174-213) es un capítulo necesario en las actuales investigaciones de historia social, de asentamiento antropológico. La lectura de textos litúrgicos dirigidos a reglamentar la vida cotidiana y de construir una moral, choca constantemente con las novedades del proceso histórico. Una auténtica crisis de conciencia despertó a los teólogos de la Iglesia cuando tuvieron que introducir el fenómeno guerrero en el ideal cristiano. Una polémica historiográfica compleja sale al paso del análisis de Cardini: ¿De dónde viene la teología de la Guerra Santa? El autor analiza con cuidado las discusiones de los Santos Padres y la postura de algunos preclaros hombres de Iglesia, como San Ambrosio, obispo de Milán o San Agustín, obispo de Hipona, que traspasará su estrecho ámbito temporal y espacial y, a través del monacato incipiente, se introducirá como arma ideológica en los primeros años de la revolución feudal. Un legado difícil de asumir, pero presente a lo largo de los siglos. Pero, en todo caso, ¿se trataba de un juicio negativo sobre la guerra o sobre la guerra a caballo? ¿Hasta qué punto la función militar «nueva» (entendida ya como segunda función, en el sentido que le ofrece a este término Dumézil) forjó simultáneamente instituciones, conceptos, imágenes, discursos para la posible legitimación de la guerra? Esta misión, tan radical, tan viva, tan difícil de precisar, la traza Cardini en el capítulo séptimo: *La Chiesa e la guerra nei secoli bui, VI-IX* (pp. 215-242).

Las consecuencias materiales y sociales de esta larga reflexión teológica sobre el fenómeno militar las vamos a ver cuando Cardini se decide por fin a instalarse en la esfera adecuada y fija su atención, en la tercera parte de este libro, en el objeto concreto de su análisis: la prehistoria inmediata, el comportamiento del guerrero a caballo en los siglos altomedievales. Esta parte consta de dos capítulos que son sin lugar a dudas los mejor concebidos de toda la obra y los más interesantes para el medievalista: *Il guerrero a cavallo nel secoli bui* (pp. 245-272) y *Nella nuova ondata barbarica: il Messia-difensore* (pp. 273-335).

Cardini sitúa la guerra a caballo en estos siglos en su verdadera dimensión. La desmitifica. Quiere comprender —en la mejor tradición marcblochiana— el ritmo de estas sociedades que surgieron del choque de civilizaciones. Con tal fin fija la naturaleza de las transformaciones del armamento ofensivo, con la revolución tecnológica del siglo VII y sitúa en su verdadero lugar las armas de innovación merovingia (que ha constituido el trabajo *par excellence* de E. Salin) como ese *scramasax*, o el tipo de hacha (la *Francisca*); sitúa igualmente las armas defensivas, co-

mo la *brunia* (la futura *broigne* francesa, la *loriga* en español) y muy especialmente —¿podría ser de otro modo?— analiza el problema del estribo. Cardini, mejor cualificado que el comandante Lefebvre Des Noëttes o que el propio Lynn White jr. analiza los argumentos, los centra en su circunstancia social, política y cultural y da paso a una hipótesis ingeniosa y atractiva (pp. 269 ss.) cuando habla de esa «revolución» en las prácticas del poder que tuvo lugar en el seno de la casa austrasiana como consecuencia de la adopción de la nueva técnica militar y en el ejercicio —por usurpación— de un nuevo concepto de soberanía. El rodillo austrasiano comienza, es decir, esa extensión como por anillos concéntricos de su modelo de organización social que tiende, bajo la protección de la Iglesia y el resto del mundo romano, a institucionalizar esa serie de eslabones de obediencia personal, que hicieron posible un primer ejército de guerreros a caballo. Pero la prueba de fuego de esta organización militar carolingia y quizás de este primitivo guerrero a caballo del siglo VIII (que muchos creen, erróneamente, que será el definitivo) estará en las últimas oleadas de pueblos de la estepa, de esos magiares o húngaros que asolaron el occidente europeo a fines del siglo IX y principios del X. La respuesta, a juicio de Cardini, viene de ese sector de la clase dominante, del guerrero profesional, que montado a caballo impondrá el orden al distrito: el *miles*, detectado en las fuentes de Mácon en 971 como un guerrero de élite. Ésta es la esperanza de Europa. Y de esa esperanza en el guerrero a caballo *nasce il cavaliere medievale* (pp. 314-333).

Cardini se deja arrastrar por su propio discurso (cae en el error de White y tantos otros de confundir realidad con configuración imaginaria), pues no se percata que la sociedad que tiene delante de sí ese *miles*, guerrero de élite y defensor de Europa, no es otra que la feudal. La organización dual, de equilibrio (sin complementaridad, pues no hay ternaridad en los actos) entre el *miles* y el *senior*, llamado también *dominus*, pues detenta la *potestas*, usurpándola a los obispos y al rey, constituye una revolución (estudiada magistralmente por Georges Duby) que impide durante ciento cincuenta años la aparición de la caballería como *ordo*, como institución de la clase dominante. De la esperanza en el guerrero a caballo nace el *miles*, y con él el sistema feudal, no el caballero medieval y la cultura que le arropó. Éste habrá de esperar aún a que, a mediados del siglo XII, un movimiento de espiritualidad trace en medio de una eclosión cultural ese modelo imaginario, con el fin de distraer y de construir una moral: la moral caballerescas.

*Alle radici della cavalleria medievale* es un ingente y acertado esfuerzo por comprender las bases en las que descansará esa caballería, desarrollada en Europa a partir de 1170. El título dado por Cardini a su libro es acertadísimo, pues sugiere lo que luego ofrece: una intospección profunda en la prehistoria del fenómeno caballeresco. Pero deja un interrogante en el aire, ¿qué ocurrió entre tanto, en ese período intermedio,

que va de finales del siglo X a mediados del siglo XII; ¿dónde quedaron situados los mitos procedentes del pasado indoeuropeo, dónde la teoría de las tres funciones, dónde las ideologías latentes configuradoras de una élite de guerreros a caballo, de caballeros? ¿Qué se interpuso entre el sueño del centauro y la caballería de Chrétien y todos los demás? En la introducción Cardini nos había advertido «le pagine che seguono sono dunque, in fondo, solo propedeutiche al tema della cavalleria medievale. Per me, rappresentano solo una lunga introduzione a un libro ancora tutto da scrivere, e non posso che presentarle come tali, con tutti i limiti, i rischi, i difetti del caso» (p. X). Sin embargo, Franco Cardini en estas casi cuatrocientas páginas, densas, ricas, hermosas, ha logrado imaginar (en ocasiones con auténticos esfuerzos analíticos en las fuentes y la bibliografía) el pasado, la raíz, de la caballería medieval. No sólo ha logrado centrar admirablemente el problema —ignorando las interpretaciones superficiales— sino que también ha hecho inevitable la explicación nueva y coherente de la caballería medieval. Este libro transforma así nuestros planteamientos y abre perspectivas renovadas, evitando la impostura. Desde las «raíces» se comienza a vislumbrar lo que fue realmente la caballería medieval y su significado social, antropológico y cultural. El esfuerzo de Cardini nos proporciona una guía leal y eficaz para el planteamiento de este importantísimo problema de la Historia Medieval. Y nos sugiere precaución, mucha precaución: verdaderamente estamos delante de una auténtica arqueología del fenómeno caballeresco, pues cumple admirablemente la tesis de Foucault de que «no se trata de conocimientos descritos en su progreso hacia una objetividad en la que al final pueda reconocerse nuestra ciencia actual; lo que intenta sacar a luz es el campo epistemológico en que los conocimientos considerados fuera de cualquier criterio que se refiera a su valor racional o a sus formas objetivas, hunden su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad».

J.E. Ruiz Doménech

J. CHAPELOT, R. FOSSIER, *Le village et la maison au Moyen Age*, Paris, Bibliothèque d'archéologie Hachette, 1980, 357 pp.

De los muchos problemas con los que topa un arqueólogo ninguno tan complejo como el de transcender los límites de un yacimiento: cotejar, comparar, conjuntar resultados. Concentrada necesariamente toda su atención en los restos materiales que le rodean, encuentra con dificultad por donde traspasar la frontera.